

## LECCIÓN 43.<sup>a</sup> LAS PROMESAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO TOCANTES AL REINO ETERNO

### 1. El reino eterno de David

Las promesas de Dios sobre el Reino son eternas. De ahí nuestra incapacidad para comprender estas líneas de Scofield:

«En su segunda venida, el Rey restaurará en su misma persona la monarquía davídica, reunirá al Israel disperso, establecerá su poder divino sobre la tierra y reinará durante mil años (Mat. 24:27-30; Lúc. 1:31-33; Hech. 15:14-17; Apoc. 20:1-10)... El reino de los cielos (Mat. 3:2, nota), establecido así bajo el Hijo divino de David, tiene como objeto la restauración de la autoridad divina sobre la tierra...»<sup>48</sup>

«La frase "el reino de los cielos"... significa el gobierno mesiánico de Jesucristo, el Hijo de David, en este mundo. Se le llama "el reino de los cielos" porque es el dominio de los cielos sobre la tierra... Es el reino pactado con la simiente de David (2.<sup>a</sup> Sam. 7:7-10), descrito por los profetas (Zac. 12:8, nota).»<sup>49</sup>

«Apoc. 20:2. La duración del reino de los cielos...» (Se refiere al milenio en la nota 2 de la pág. 1306.)

Por estos textos se podrá ver que nuestros hermanos "dispensacionistas" identifican el período de mil años como el tiempo en que se cumplirán literalmente —son muy aficionados a enfatizar lo literal y acusan a los demás de ser alegóricos— las profecías hechas a David y recordadas a los profetas del Antiguo Testamento en relación con la futura gloria del pueblo de Dios, que, según ellos, no debe ser jamás identificado con la Iglesia, sino únicamente con Israel, y la naturaleza de dichas promesas es siempre terrena, un reino terreno.

Veamos estas promesas del Antiguo Testamento y lo que pensaban de ellas los profetas:

«Tu Reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en todas las generaciones» (Sal. 145:13).

Esto es lo que dice David.

«Porque he aquí yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá más memoria, ni más vendrá al pensamiento... Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago, permanecerán delante de mí, dice Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre» (Is. 65:17; 66:22).

«Mas Jehová es el Dios verdadero, él es el Dios vivo y Rey eterno» (3er. 10:10).

«Y haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre» (Ez. 37:26).

«Después recibirán el Reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre» (Dan. 7:18).

«Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sion, desde ahora y para siempre» (Miq. 4:7).

Las promesas hechas a David, en relación con su Reino, son descritas siempre con una misma

dimensión de eternidad. El reino davidíco no ha sido profetizado como un reino de mil años — según afirman los dispensacionalistas—, sino como un Reino eterno. Y vemos muy difícil convertir el milenio en eternidad, o lo que es lo mismo, hacer decir a todos los profetas del Antiguo Testamento que allí donde ellos escribieron «Reino eterno», Reino «para siempre», querían decir «Reino de mil años». Independientemente de lo que podamos creer sobre el milenio, lo que no se puede hacer es convertirlo en el período de! cumplimiento de todas las promesas relativas al Reino; porque un Reino eterno que sólo dura mil años es una contradicción en los términos.

. ¿Cómo explican los dispensacionalistas el silencio del Antiguo Testamento tocante a la crisis final con la que se cierra el milenio?

Las promesas hechas a David hablan de un Reino eterno, desde ahora y para siempre, sin crisis y sin referencias a una supuesta hecatombe en que el diablo, una vez suelto, volverá a actuar a su gusto. H. Lindsay describe así el último tiempo del milenio:

«La primera cosa que Satanás hace cuando se le suelta del abismo después del milenio es organizar la guerra... Reúne a algunos de los descendientes de los enemigos de Israel (Gog y Magog), que han nacido durante el milenio, y rodea a Israel, Pero la rebelión no prospera. Dios los consume con fuego del cielo y quedan aniquilados.»<sup>50</sup>

Más adelante escribe el mismo autor:

«Dios restaurará la tierra, aunque no será una completa regeneración. La regeneración de la tierra ocurrirá después del milenio y antes de que comience la eternidad misma. El hombre gozará de mil años llenos de paz en su antigua tierra. Pero al final de este tiempo, después que los mortales hayan tenido un gobierno perfecto, dirigido por el perfecto Dios-Hombre en el ambiente más perfecto que se pueda imaginar, algunos acabarán rebelándose en contra de este reino en la primera oportunidad. Esta oportunidad vendrá cuando Satanás sea soltado por un poco de tiempo hacia fines del milenio para arrastrar a algunos mortales que habrán nacido durante los años del reinado.»<sup>51</sup>

Todavía Lindsay afirma:

«La ciudad (santa, la Nueva Jerusalén) puede ser que esté suspendida sobre la tierra durante el reino milenial y sea la morada de los creyentes inmortales en ese tiempo... Entonces la ciudad tendrá que ser retirada temporalmente de la tierra cuando ésta sea destruida al final del milenio. Después de la regeneración de la tierra la ciudad descenderá visiblemente a la nueva tierra y se posará sobre ella, puesto que de la Nueva Jerusalén se dice que tiene fundamento, lo que indica un firme lugar de sustentación.»<sup>52</sup>

Lo que llama la atención en esta interpretación de Lindsay, típica del popular dispensacionalismo moderno, son dos cosas sobre todo: 1) La inconsecuencia de querer meter en un Reino milenial imperfecto (y con un final manchado sangrientamente por la rebelión, la guerra, el pecado y el éxito de Satanás) las promesas del Reino eterno, hechas a la casa real de David. ¿No se dan cuenta, Lindsay y los suyos, de la incongruencia, de la contradicción con la Escritura? 2) La admisión franca de que «la regeneración de la tierra» (las condiciones ideales de vida en el Universo) no vendrán con el milenio, sino «después»: en los cielos nuevos

y la nueva tierra, que es, al fin y al cabo, la solución que da la interpretación amilenial, la de la Teología del Pacto. Es en los cielos nuevos y en la nueva tierra —armonizadas ambas realidades (cielo y tierra) en perfecta sintonía las dos, no anulada la una o la otra—donde hallará cumplimiento, en esta nueva dimensión, todo cuanto fue dicho por los profetas del Antiguo Testamento sobre la fase final y eterna del Reino prometido. Pero para ello hay que identificar también Israel e Iglesia, así como los cielos y la tierra quedan total e indivisiblemente unidos y transformados en una nueva realidad eterna y perfecta.

Pero insistimos en la pregunta: ¿Como explican los dispensacionalistas el que los profetas del Antiguo Testamento nada dijeran de la crisis final que cierra el milenio y el que, por contraste, hablaran siempre de un Reino de felicidad eterna, sin fisuras, ni quiebras, ni intervenciones del diablo a ningún nivel?

Si el milenio tuviera que ver más con la Iglesia que con Israel, los dispensacionalistas argüirían que el Antiguo Testamento no se ocupa de la Iglesia. Pero, por el contrario, el milenio tiene que ver con Israel, y el Antiguo Testamento sí se ocupa de Israel. Su silencio respecto a todo ello ¿no será debido a que los profetas —y el Espíritu de Cristo que hablaba a través de ellos (1ª Ped. 1:10-11; 2ª Ped. 1:21)— nada sabían de ningún milenio tan imperfecto como el propuesto por los dispensacionalistas, sino que, en realidad, apuntaban más bien como a la meta final, a los nuevos cielos y a la nueva tierra? (V. Is. 65:17; 66:22; Apoc. 21:1.)

Notas:

48. Biblia Anotada de Scofield, nota a I.º Corintios 15:24.

49. Id., nota a Mateo 3:2.

50. La odisea del futuro, p. 346.

51. En el mismo libro, p. 355.

52. En el mismo libro, pp. 360-361.